

Memorias a granel

Una avalancha de libros de memorias o de autobiografías, tal si fuese una plaga bíblica, compite en el actual mundillo editorial. Memorias de distinto calibre se disputan los escaparates de las librerías. Las hay de políticos, de ex ministros, de suripantas y de quienes no quieren pasar al olvido o suponen que merecen un lugar en la historia reciente del país. Asunto de vanidad o de mercadotecnia.

Dos escritores chilenos, Ernesto Montenegro, con sus *"Memorias de un desmemoriado"*, y Fernando Santiván con *"Memorias de un tolstoyano"*, inscriben con letras de fuego su permanencia en la literatura. Sus autobiografías fueron escritas por ellos mismos, y no por plumíferos a sueldo. En su tiempo, supieron darle dignidad al arte de la memoria como género literario; a pesar del tiempo transcurrido, sigue siendo un deleite leerlos.

Más cercano a nuestro tiempo, Pablo Neruda nos regaló sus bellas memorias *"Confieso que he vivido"*, donde campea la prosa poética elegante, unida a la sensibilidad, donde las imágenes juegan, libres de ataduras, y penetran el alma del lector.

Al leer las memorias de los modernos escritores de estilo ajeno, aureolados de antemano por una crítica adicta a las cofradías, se puede establecer la enorme distancia que hay entre lo genuino y el embuste, entre la sensibilidad y la ordinariéz, entre lo substancial y lo simplón.

Es cierto que escribir una autobiografía requiere buena memoria en ciertas materias, y no tenerla en otras, lo que sería más sano. Nadie va a reconocer que fue un crápula y un canalla que se solazó vejando opositores y los hizo desapare-



Fernando Santiván, un gran memorialista.

cer, o que sus manos son poruñas para robar de las arcas fiscales. Como la autobiografía es la relación escrita por uno mismo, el autor se cuida de no revelar todo. Guarda en el rincón menos asequible las miserias humanas. Filtra historias y anécdotas, y siempre aparece convertido en un justo.

En Francia, Montaigne escribía sus *Ensayos sobre sí mismo*, y no se arrugaba en reconocerlo. Jean Jacques Rousseau en su famosas *Confesiones* habla de aspectos morbosos de su vida, pero lo hace con dignidad. Estos escritores distan mucho

de nuestros insípidos autores de memorias, que ansían inmortalizarse con la péndola prestada.

Cuando éramos adolescentes, dos libros nos quitaban el aliento: *"Memorias de una princesa rusa"* y *"Memorias de una pulga"*. Esta "literatura" alimentaba nuestra fantasía y contribuyó a despertar en nosotros la sexualidad reprimida por la cultura de aquella época. Dudo que los actuales memorialistas tengan tanta versatilidad imaginativa, como los anónimos autores de estos dos clásicos del erotismo.

¿Cuál sería el verdadero propósito de quienes encargaron a unos chupatintas que les escribieran sus autobiografías? Quizás no quieren morir sin pena ni gloria. Sin embargo, son los deudos quienes sienten la pena; y la gloria, se la endosan al futuro. Más bien, están movidos por el secreto impulso de lavarse la cara y las manos, las partes del cuerpo más expuestas a ensuciarse.

"Anda a lavarte la cara y las manos antes de sentarte a la mesa" es una socorrida frase utilizada por las madres. Por algo se piensa que, los escritores, cuando escriben novelas, plasman en ellas sus experiencias y suelen disfrazarlas muy bien. Mezclan la ficción y la realidad con inusual destreza, y saben cómo ocultarse bajo la vestimenta de sus personajes. De ser así, pareciera innecesario que se pongan a escribir sus memorias.

De las memorias que nos preocupan, en un año o dos no quedará nada. El tiempo, que todo lo funde y lo disuelve, no será compasivo con semejante propuesta engañosa.